

ARMAGEDON DUC

Carlos Domingo

No creo que el juicio de condena o de absolución que pronuncien ustedes va a tener ningún valor práctico. Actualmente no hay leyes. Esta farsa de juicio a que estoy sometido es producto de una frustración general y está promovida por un grupo minoritario que en medio del caos actual ha logrado apresarme momentáneamente. De todas maneras mi defensa puede ser interesante e ilustrativa.

Se me acusa de haber destruido los fundamentos de una sociedad ordenada y feliz. De haber llevado la desdicha, la frustración y hasta el suicidio a millones de hogares. En esta defensa quiero aclarar que lo hice a plena conciencia.

Para entender mis motivos habrá que recapitular cómo comenzó y qué llegó a ser esa sociedad telemática que se me acusa de haber destruido por una simple y catastrófica operación de borre de archivos.

Todo empezó muy alegremente. Muchos de ustedes, los de más edad, tal vez lo recuerden. El lema de las empresas era al principio "un computador en cada hogar", luego "un computador para cada individuo", y por último "todos unidos en una red". Esto nos iba a conducir - nos decían - a un mundo activo, feliz, variado, libre, pacífico. Nadie tendría que ir al trabajo. Desde el terminal domiciliario cada uno haría su tarea controlando los robots que fabricarían todo, haciendo las investigaciones para nuevos desarrollos, estudiando o dando cursos, comunicándose con los supervisores, recibiendo el salario y haciendo pagos por la TEF (transmisión electrónica de fondos). Se consultarían desde el terminal médicos y abogados recibiendo recetas y asesoramiento para pleitos que se harían también entre terminales domiciliarios. Y así se fue haciendo. Desaparecieron los libros, los periódicos, los cines, los teatros, los conciertos, las exposiciones de arte, los cafés, las reuniones culturales, las escuelas, las universidades, los centros comerciales, el dinero contante. El correo se limitó a un servicio de despacho de objetos encargados a través del terminal. Se redujeron a su mínima expresión los viajes, el turismo, los hospitales, las huelgas y las cárceles.

¿Quién iba a viajar 600 Km. para ver a un familiar o a un amigo?. En pocos segundos podía verlo en la pantalla del terminal, dialogar con él y, con su consentimiento, explorar secciones de su archivo personal (organizado en claves de acceso más o menos confidenciales según el grado de intimidad de la amistad). Y esto era más interesante que las triviales tertulias que se acostumbraban antes.

¿Quién se iba a molestar a viajar a la india a ver el Taj Mahal?. Desde su casa podía verlo en la pantalla desde ángulos inalcanzables para el turista, oír un relato de su historia y hasta hacerle modificaciones a la imagen para ver como quedaría pintado de rojo o con cúpulas románicas.

¿Cuántas veces tendría uno que ir al hospital? Desde su terminal podría disponer de una inspección continua de su estado físico mediante programas hechos con el

asesoramiento de famosos especialistas. Además los accidentes viales se habían reducido a una cantidad despreciable por el abandono de los viajes.

¿Quiénes podrían hacer una huelga?. Nadie conocía a sus compañeros de trabajo. En realidad casi todos trabajábamos en nuestro domicilio para alguna empresa anónima que contrataba individualmente las tareas. Pocos sabíamos que producía la empresa para la cual trabajábamos.

¿Quién pensaría en cometer delitos comunes cuando todos tenían asegurada la subsistencia mínima y el computador?. Y si alguien era sorprendido en un delito grave el castigo podía llegar hasta el corte de su conexión a la red, lo cual significaba la muerte intelectual y tal vez la física.

Yo fui uno de los promotores más entusiastas de esa sociedad y, como mi abogado defensor lo ha recordado, contribuí no poco a imponerla.

¿Porqué cambié de opinión? Todo comenzó con una alteración nerviosa cuyo mecanismo aún los médicos no han descifrado, aunque han registrado muchos casos. El sentarme un rato frente a una pantalla me provocaba una ceguera pasajera. Me diagnosticaron "mal de pantalla" y me aconsejaron reposo, es decir desconectarme del terminal. Al poco tiempo se introdujeron los superterminales holográficos, envoltentes, con olores, generadores de sensaciones táctiles, gustativas, sexuales y de todo tipo mediante excitación eléctrica programada. Esto alivió por un tiempo mi mal de pantalla. Poco después los terminales llegaron a producirme una insensibilización general.

Comencé a alejarme del computador. Sabía que esto era considerado absurdo y peligroso, como en mi juventud era considerado tomar alucinógenos o escalar sin equipo. Al salir de mi casa que era, como todas en esa época, desagradable y desordenada, pude ver directamente a mis amigos, a gentes de todo tipo. Vi los campos cultivados por robots, las fábricas automatizadas, todo era eficiente pero desagradable, como nadie veía estas cosas nadie se ocupaba de su aspecto estético. ¿Cómo era esa sociedad en que vivíamos?

La gente común vivía pegada al computador viajando por el mundo simulado en las pantallas. Conocí audaces pilotos de simuladores de vuelo que nunca se habían levantado de su silla frente a la pantalla. Submarinistas que jamás se habían mojado. Héroe de batallas simuladas que habían destruido fortalezas simuladas y construido defensas inexpugnables de sus archivos. Vi famosos artesanos que jamás habían tocado la arcilla ni la madera, en realidad eran programadores de imágenes de objetos artísticos. Conocí "turistas culturales" que a través de su terminal exploraban la Biblia o la Divina Comedia y podían hablar muchísimo de partes de ella sin haberlas leído nunca ni haberlas sentido ni entendido. Supe de "buscadores de la verdad" a través de los terminales y yo mismo, en una época, me enfrasqué con los sistemas Gurú-IV y Gurú-Super que tantos pseudosabios han producido.

Y descubrí muchas otras cosas. La simulación se confundía de una manera retorcida con la falsificación. Los turistas de pantalla visitaban obras maravillosas que ya no existían pues su conservación había sido abandonada por el descuido general de los objetos reales. Sólo quedaba la información. O veían obras arquitectónicas maravillosas que nunca pasaron de ser un proyecto. Raras veces les aclaraban que la obra no existía. Se

daban cursos de especialidades imaginarias. A veces un solo individuo simulaba toda una empresa. Si uno consultaba a su firma a través de un terminal un empleado simulado lo remitía a otros. Se simulaban consultas entre miembros aparentando una gran empresa a la cual los incautos confiaban su dinero y su información. Un buen día la empresa se volatilizaba, sus números clave y sus referencias desaparecían de los archivos de los clientes con cuanta información éstos habían entregado. Mensajes policías recorrían las redes con escaso éxito en busca de los culpables. Otras veces toda una empresa, un conjunto de individuos brillantes, simulaban un individuo genial. Su figura construida por métodos de síntesis de imágenes aparecía en todas las pantallas. A veces era algo diferente para cada persona que la recibía, adaptada a sus gustos que la empresa averiguaba por intromisión ilegal en el archivo personal. El genio simulado sabía de todo, asesoraba sobre todos los temas y adquiría una enorme autoridad que le reportaba dinero y poder. Se rumoreó, y comprobé que era cierto, que uno de nuestros presidentes más prestigiosos nunca tuvo existencia física. Era una imagen creada por una empresa que obtuvo así acceso al gobierno y logró ganancias fabulosas.

Fuí comprendiendo el sentido de toda la nueva cultura que habíamos formado. Se resumía en la frase "no importan las cosas sino la información sobre ellas". Vivíamos en un mundo de sensaciones y fantasías a las que correspondían cada vez menos realidades.

¿Pero cuáles eran esas realidades? ¿Qué había aparte de las aventuras simuladas, el trabajo por terminal, la erudición turística y las falsificaciones informáticas?

La vida real era lamentable. La inmensa mayoría de la población era un conjunto de seres que vivían en tugurios arruinados, se alimentaban de "prana líquido" que llegaba por tuberías a todos los hogares, sin gusto pero con dieta optimizada. Para el que quería experimentar gusto, allí estaba el "terminal gustativo" que por excitación eléctrica programada de las papilas gustativas producía las combinaciones más estafalarias de gustos programadas por los más famosos "simuladores de cocina" que se seguían llamando "cocineros" aunque jamás hubieran tocado una cacerola.

El amor y la familia se habían terminado en la realidad. Las excitaciones táctiles habían sustituido al amor físico. El afecto intelectual directo había sido desplazado por las comunicaciones a través de pantallas. Debido a la dificultad de encontrar "la persona ideal", muchos filtraban las imágenes con "programas mejoradores de relaciones" que alteraban la imagen física y las expresiones intelectuales de cada uno de los relacionados para adaptarla a las necesidades de ambos. Existían grupos y comunidades de personas que nunca se habían visto directamente que se relacionaban por redes de comunicación con relaciones conservadas por "mejoradores". Se las llamaba comunidades virtuales. Los que todavía sentían necesidad de educar y criar a alguien como resabio del amor filial, tenían a su disposición los más variados ejemplares de niños simulados para educar. Aquí descubrí que las gentes más hábiles e intelectuales también daban curso a este sentimiento creando y perfeccionando programas educativos para niños reales fabricados en probeta que jamás verían.

A partir de este ejemplo fuí entendiendo la gran estratificación de la sociedad. Desde los que sólo usaban programas hechos a los que sólo hacían programas. Entre las que usaban programas hechos algunos descubrían como modificarlos. Estas gentes experimentaban más placer haciendo simuladores de cosas que operando con programas

de simulación. Preferían y sentían más gusto en construir un simulador de vuelo espacial que en manejar el simulador de ese vuelo. En realidad se liberaban no sólo de la realidad sino también de la simulación de la realidad y comenzaban a vivir en el mundo de las leyes, principios y arquetipos con los cuales se construían los modelos de las cosas que usaba la gente común.

Cuando la gente del Centro Universal detectaba a través de su "acceso absoluto" a los archivos personales que una persona tenía tales tendencias su archivo quedaba bajo atención especial. Se le introducían sin que lo notara ciertos programas de estímulo y, si reaccionaba favorablemente, se le iba incorporando gradualmente al Centro.

Cuando descubrí esto, comencé mi gran maniobra. Simulé tener estas tendencias mientras lo esencial de mis intenciones y proyectos lo mantenía en mi memoria cerebral. El entusiasmo por la novedad me curó del mal de pantalla. Me pasaba horas haciendo los programas y archivos que sabía que me harían ganar la consideración de la gente del Centro Universal. Llegué a ser del círculo de los 4096 luego del de los 512 y por último al círculo final de los 32. Allí vi, por participación directa, como se programaba la sociedad. Éramos 32 seres de una gran variedad e inteligencia y de una enorme cultura universal. Nuestra misión declarada era mantener el orden, la paz, la felicidad telemática. Un tremendo y maquiavélico sistema de simulaciones, controles, claves de acceso, hacía que 32 personas controláramos todo a través de una jerarquía infalible. Teníamos acceso a todo, podíamos crear, alterar y destruir cualquier archivo. Teníamos acceso a todos los archivos personales del mundo. En realidad no a todos. Para cada uno había 31 archivos inaccesibles, los de nuestros camaradas del último círculo. En el mío estaba registrado todo mi proyecto y mi horror por la sociedad telemática. Y además, mi voluntad de destruirla antes de que tal sociedad lograra su propósito más acariciado: el acceso de los 32 a los cerebros individuales. Este proyecto se basaba en un descubrimiento notable. Cuando una persona usaba excitadores eléctricos o usaba conectores electro-encefálicos para dirigir al computador con pensamientos, su cerebro quedaba, por lo menos, teóricamente, accesible por unos instantes a computadores de la red. Con programas muy sofisticados sería posible extraer toda la información cerebral. El Centro Universal ya tenía el proyecto de desarrollar esos programas. Con ellos el mundo subjetivo, único refugio que quedaba al individuo se haría accesible a los 32.

No podía perder tiempo. Comencé a construir el DUC: Directorio Universal Clandestino. Concentré todas las referencias a los archivos en un único directorio jerárquico. Con un solo comando podía borrarlo y destruir la sociedad telemática. Pero algo me detenía. ¿No sería valiosa nuestra misión declarada? ¿No sería mejor continuar así?, Pero ¿ A quién consultar en esta terrible duda? Por largos años entré en un proyecto que parecía quimérico: lograr el acceso a los archivos personales de mis 31 camaradas. Un día de inspiración resolví el problema y logré ver los archivos. Se imaginaron lo que encontré. En todos había un DUC, un directorio universal clandestino y el comando listo para borrarlo. En todos, y esto era pura coincidencia literaria, el comando tenía el mismo nombre ARMAGEDON-DUC. No dude más, conecté mi escritor mental directo y operé sobre el directorio universal el comando:

ARMAGEDON-DUC

Es decir, borre definitivo del archivo universal.

Sentí como se caían los palacios informáticos, las selvas electrónicas, los placeres programados, los viajes de pantalla, los combates de terminales, las empresas simuladas y falsificadas, los genios sintetizados, los bancos de información, las comunidades virtuales. Vi paralizarse las fábricas robotizadas, los artesanos controlados por programas, los campesinos mecánicos.

Y por fin salí afuera, a ver a la gente frustrada y desesperada, despertando como de un sueño para ver su miseria real pero también a ver el cielo y la tierra reales, a sus semejantes reales y a comenzar una nueva vida que podría conducir a cualquier cosa, menos a la sociedad telemática.

Piensen ahora mis acusadores. No hay leyes que castiguen el borre de un archivo personal y el DUC lo era. Más aún todas las leyes se han borrado. ¿Y qué es lo que he destruido? Un mundo falso, irreal, simulado. Nada real ha sido dañado. ¿Me condenarán por destruir la irrealidad? Tienen ustedes la palabra.